

CASUALIDADES

COINCIDENCES

CASUALIDADES

Gustavo Castellano

École Lacanienne de Psychanalyse

Montevideo, Uruguay

Correo electrónico: gustavocastellano23@gmail.com

ORCID: 0000-0003-2524-3458

Recibido: 1/4/2022

Aceptado: 27/5/2022

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

CASTELLANO, G. (2022). Casualidades. *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 3(2), 97-112. DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/3.2.6

Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Resumen

El presente trabajo toma como punto de partida el dispositivo del pase, instaurado por Jacques Lacan en 1967. Desde allí, se aborda la novedosa relación con el saber y el Otro producida por este psicoanalista francés a lo largo de una reflexión de más de cincuenta años. Con dichos puntos de inicio, ¿sería posible sostener una formación para los analistas? Y, sobre todo, ¿es posible sostener un modelo que funcione indistintamente para cualquiera? Se reflexiona también sobre el valor de la experiencia y el lugar que se le pueden dar a la lectura y a los textos.

Palabras clave: Jacques Lacan, pase, formación, psicoanálisis didáctico.

Abstract

This paper takes as a starting point the pass as a device, established by Jacques Lacan in 1967. From there, we consider the novel relationship with knowledge and the Other, produced by the French psychoanalyst throughout more than fifty years of reflexion. With these starting points, would it be possible to sustain a training for analysts? And, above all, would it be possible to sustain a model that works indistinctly for anyone? It also reflects on the value of experience and the place that can be given to reading and texts.

Keywords: Jacques Lacan, pass, training, didactic psychoanalysis.

Resumo

Este trabalho toma como ponto de início o dispositivo do passe, apresentado por Jacques Lacan em 1967. A partir disso pensamos na inovadora relação com o conhecimento e o Outro produzida por este psicanalista francês durante uma reflexão de mais de cinquenta anos. Com esses pontos de início, seria possível manter uma formação para os analistas? E, principalmente, é possível manter um modelo que funcione para qualquer um, sem distinções? Refletimos também sobre o valor da experiência e o lugar que podemos outorgar à leitura e aos textos.

Palavras-chave: Jaques Lacan, passe, formação, psicanálise didática.

INTRODUCCIÓN

PÚBLICO: Me refería sobre todo a la producción de analistas, a ese tema.

JEAN ALLOUCH: ¿A la producción de analistas? Sí, ¿qué?

PÚBLICO: Que me hace problemas eso. ¿Cómo se forma un analista, cómo se produce un analista?

JEAN ALLOUCH: [...] Por casualidad. [Risas] [...] No hay un dispositivo que pueda decidir de manera general para todos, eso no existe. Por eso mi respuesta.

Charla con Jean Allouch
(Facultad de Psicología, Udelar, 2018).

Porque en el fondo, cada vez que uno reflexiona, pone en el centro una palabra que se puede convertir en una palabra mágica, una especie de encantamiento. Hay problemas, así que tomo la palabra imagen y se arregla todo. Es una catástrofe, obvio.

Georges Didi-Huberman (TV-UNAM, 2018).

Voy a partir de una afirmación que espero siga teniendo su filo y su buena dosis de provocación: un analista nunca debería ser alguien formado. Si de tanto en tanto así ocurre, ¡qué buena noticia!

Como con casi todas las cosas de este mundo, probablemente haya muchas puertas posibles para introducirse en la cuestión del pase, dispositivo instaurado por Jacques Lacan en 1967. Este asunto es

—admitámoslo— un poco esotérico de este lado del Río de la Plata. Para desalentar falsas expectativas, no voy a entrar en la mecánica del pase que el autor estableció en su proposición de octubre de 1967. Para eso están los textos publicados, una serie de documentos históricos que son relativamente fáciles de conseguir, todo lo que sobre el tema se ha escrito antes y después de la muerte de Lacan e incluso un trabajo de Alberto Moreno que aparece en esta misma revista.¹

Tampoco trataré la situación del pase en los distintos grupos que se reconocen bajo la enseñanza de Lacan —lo que implicaría una investigación que no estoy en condiciones de hacer—. Ni abordaré los presuntos éxitos del dispositivo a partir de algunas publicaciones —eso que un amigo ha llamado irónicamente *la tournée* de los pasantes—² ni el mentado fracaso del pase que el propio Lacan postuló.

Más allá de la pertinencia, la actualidad e incluso la operatividad efectiva del pase, cabe puntualizar que se trata de un dispositivo que podría dar cuenta del pasaje de analizante a analista. Más que elaborar un programa para una presunta formación de los analistas, era eso lo que Lacan pretendía investigar con la implementación del pase en la Escuela Freudiana de París. Entonces, me parece más interesante abordar la cuestión del pase como un mojón más en el recorrido de Lacan, particularmente, en cuanto a lo que trajo de novedoso con respecto a una cierta

1 Se podría referir, a modo de ejemplo, a tres obras: la transcripción de la intervención de Lacan el 9 de octubre de 1967 (a la que se puede acceder en distintos sitios de internet), su versión oficial (que fuera publicada en el N.º 1 de la revista *Scilicet* en 1969) y el trabajo de José Attal titulado «El pase, ¿a título de qué?» (publicado en la *Revista de Psicoanálisis* en el 2012, donde postula lo que considera como una tercera proposición de octubre de Lacan). Se pueden hallar, además, artículos y videos variopintos al respecto, entre otras fuentes.

2 Con ello se refiere a cierto grupo lacaniano en el que los pasantes realizan, durante un tiempo, una suerte de gira en la que hacen público lo que ocurrió con su fin de análisis. Toda esa puesta en escena adquiere unas dimensiones tales que recuerdan a un *happening* y a mí, particularmente, me hacen pensar —glosando a un poeta español—: «¿Por qué todos los pases se parecen al pase?».

relación con el saber y una peculiar relación con el Otro, incluso al punto de esbozar un cuestionamiento de la existencia de tal Otro.

Pareciera imposible separar tres términos que aparecen en su enseñanza hacia finales de los sesenta: *formación*, *transmisión* y *pase*. Que estén unidos no quiere decir que tengan una relación fácil o amable. Habría que agregar que esa tríada está sólidamente ligada a la cuestión del saber y también a la transferencia. Por ese costado es por donde propongo abordar el asunto.

A pedido de Olivier Flournoy (miembro de la Sociedad Suiza de Psicoanálisis³ y quien por esos años viajaba periódicamente a París a controlar junto a Lacan), el 4 de octubre de 1975, Lacan dio una conferencia titulada *El síntoma*. Se trata de una intervención muy interesante, porque uno se encuentra allí con un Lacan que no está presionado por su público parisino —que asiste regularmente a su seminario—, lo que le permite un estilo mucho más distendido y hasta explicativo. Es una conferencia que aborda un amplio abanico de temas, al punto de que Lacan entiende que no estaría fuera de lugar explicarles a los asistentes a la conferencia quién es él y cuál ha sido su recorrido, para así poder introducir las interrogaciones que lo acucian en esos días de 1975. El momento en el que voy a detenerme es cuando aborda la cuestión del pase y realiza algunas afirmaciones que, entiendo, hay que leer detenidamente.

Es precisamente por esta razón que, en el último término, es decir en el último punto a donde llegué en la reanudación de 1967, en octubre, instituí esa cosa que consiste en hacer que, cuando alguien se propone como analista, no hay allí más que él mismo que pueda hacerlo. Esto me parece de primera evidencia. (Lacan, 1988, p. 120)

3 Sociedad perteneciente a la International Psychoanalytic Association (IPA).

E inmediatamente agrega:

Cuando alguien se propone como analista, es libre en esa especie de inauguración, que produce entonces y que llamé *Proposición*. Es libre, puede muy bien no hacerlo, y guardar las cosas para sí, pero es libre también de ofrecerse a esa prueba de venir a confiarlas —confiarlas a personas que elegí expresamente por estar exactamente en el mismo punto que él—. (Lacan, 1988, p. 120)

Esa es la manera que en la ocasión utiliza para presentar el famoso enunciado que afirma que un analista no se autoriza más que de sí mismo, además de remarcar que nadie está obligado a testimoniar de ese momento inicial, aunque, si hubiera quienes así lo hicieran, eso podría eventualmente iluminar a propósito del pasaje de analizante a analista. Este punto no es menor porque, en la medida en que el pase es algo voluntario, escapa de la imposición: no se trata de una prueba al modo de un examen. En consonancia con esta idea, si el recorrido de un análisis —y para que haya una liquidación de la transferencia— apunta a una des-suposición de saber que el analizante produciría en relación con quien fue su analista, mal podría pensarse ese pasaje como una indicación que vendría desde Otro que habilita, autoriza o lo que fuere.⁴

Una primera afirmación es que quien deviene analista antes estuvo en la posición de analizante. Es decir que es en una interrogación a propósito de sí, que alguien podría descubrir o inventar, tal vez hasta reafirmar que quiere escuchar a otros. Esto nos lleva a concluir que sin la experiencia del análisis no se produciría analista, aun cuando este —si atendemos a

4 Me atrevería a decir que, más allá de los marcos de formación en que se dan las distintas asociaciones o agrupaciones de analistas, en cada caso, para que alguien pueda sostener su práctica, tendrá que —de cierta manera— autorizarse por sí mismo, esté o no esté advertido de ello. Y quien no esté en ese punto se encontrará con algunos escollos en el camino.

las palabras de Allouch (Facultad de Psicología, Udelar, 2018)— se produzca *por casualidad*. Entonces, lo verdaderamente relevante es que alguien que emprende ese tránsito de interrogarse y de, eventualmente, encontrar algunas respuestas —y descubrir también que, si alguna cosa no abunda, son las respuestas—, con algo de ese saber que allí se produjo, es que se ve empujado a ocupar el lugar que algún otro antes ocupó para él, aunque definitivamente no se trate del mismo.

Continuando con el texto citado, Lacan (1988) dirá, de inmediato, algunas cosas acerca de su desconfianza con respecto a la experiencia y al saber de los didactas. Habría que concluir que si estos dos temas le surgen en contigüidad es justamente porque están unidos. El didacta representa —para algunos— ese lugar del saber, de aquel que puede transmitir una experiencia, un conocimiento; de aquel que podría orientar, autorizar, que podría incluso garantizar la práctica de otro. Sin embargo, la experiencia no se acumula ni se transmite ni se hace pasar.

En la charla que dio en Montevideo en 2018, Allouch compartió un proverbio chino que dice que la experiencia es una linterna que alumbraba para atrás (Facultad de Psicología, Udelar, 2018). La experiencia sirve de muy poco en psicoanálisis, vale decir que es mucho mejor no estar *(con)formado*. Trataré de explicarme más claramente. Según entiendo, en la clínica analítica, se trata de prestarse para que alguien pueda maniobrar —con sus palabras, con sus imágenes, con sus silencios— a quien ofrece su escucha; que pueda darle una cierta forma, que pueda construirse un analista a su medida. Esto permitirá, en suma, inventar entre ambos cuál es el mejor escenario para los singulares decires y sentires que estén en juego. Y que, además, se permitan dejar entrar y plantear nuevas formas de jugar y jugarse.⁵

5 A propósito de este punto, véase Allouch (2020).

Es exactamente lo que Freud nos dice cuando tenemos un caso, lo que se llama un caso, en análisis, él nos recomienda que no lo metamos de antemano en un casillero. Él quisiera que nosotros escuchemos, si puedo decir, con total independencia de los conocimientos que hemos adquirido, que sintamos de qué tenemos que ocuparnos, a saber, de la particularidad del caso. Esto es muy difícil, porque lo propio de la experiencia es evidentemente preparar un casillero. Nos es muy difícil, a nosotros, analistas, hombres, o mujeres, de experiencia, no juzgar ese caso funcionando y elaborando su análisis, no acordarnos a propósito de él de los otros casos. (Lacan, 1988, p. 121)⁶

¿No será que la formación tendría que funcionar también en un régimen de caso por caso? Esa es la formulación que hace Allouch, que aparece citada al comienzo de este trabajo: «No hay un dispositivo que pueda aplicarse de manera general y para todos» (Facultad de Psicología, Udelar, 2018). ¿No será que a eso que ocurre para que se produzca un analista no hay manera de meterlo en una fórmula, en un programa? Lo que produjo algo en alguien quizá no lo produzca en otro, algo que —entiendo— se desprende, claramente, de la afirmación que aparece en forma inmediata: «A saber, que una persona que ha testimoniado con toda honestidad de lo que ha hecho en su análisis llamado *après coup didáctico* [...]» (Lacan, 1988, p. 122).

Un análisis solamente puede ser catalogado de didáctico en un tiempo que ocurre después. No se puede decir de antemano «Voy a hacer un análisis didáctico» o «Conmigo usted hará su análisis didáctico». Solo después de que haya ocurrido se sabrá si ese análisis tuvo algo que podamos llamar *una didáctica*, si algo se aprendió en ese tránsito, si algo se

6 A propósito del «nosotros analistas» que Lacan utiliza en múltiples ocasiones, Guy Le Gaufey (comunicación personal, s. f.) ha destacado que es algo a leer con atención, porque las más de las veces, para el público que asistía al seminario de Lacan, era dicho en un tono irónico.

des(a)prendió, incluso. Esta afirmación pone un signo de interrogación a que un analista se pueda formar en una carrera universitaria y que ese conocimiento adquirido a través de los textos lo haga detentador de una teoría que transmitiría en su práctica. Para decirlo con todas las letras, no hay formación del psicoanalista en el sentido de los estudios universitarios terminados, en el sentido de completar una carrera, que nos daría un saber suficiente para ponernos a trabajar. Attal (2012) era alguien que estaba muy especialmente inquieto con los peligros de la modelización, porque adivinaba allí —no sin dar en el clavo— que todo modelo trata de establecer un cierto orden, es decir, impartir ciertas órdenes.⁷

Aquel que lea estas afirmaciones podrá preguntarse: ¿se trata, entonces, de abandonar los textos?; ¿se trata de quedar librado a la casualidad?; ¿a algo que en algún sitio estaría escrito o predestinado?; ¿algunos nacen para analistas?; ¿otros no? Nada de eso. Sin duda alguna, hay que leer textos y, en lo posible, hacerlo con otros.⁸ Leer y trabajar textos, no para comprender o repetir teoría, sino como un ejercicio, una disciplina, una práctica que luego de leer nos haya vuelto otros, que nos coloque en cierta ajenidad.⁹ Debemos apuntar a no ser ya los mismos, lo que nos pondrá, necesariamente, en una posición diferente frente a ciertas cosas y al propio texto que constituye el decir analizante. A modo de ejemplo, quiero compartir un escrito de Juan Gelman (1984), unas líneas que cada vez que las leo me sorprenden por su potencia y su resonancia:

7 Se trata de ese acto que hace, por ejemplo, el médico cuando nos dice: «Le voy a dar una orden», lo que constituye toda una declaración y una toma de posición con relación al saber. Por supuesto que en el dispositivo médico eso, hasta cierto punto, debe funcionar así. La interrogante es si esa misma forma, que sin duda ha modelizado también al psicoanálisis, no debe cada vez ser puesta en cuestión.

8 Quien lo haya experimentado —y seguramente no son pocos— sabrá del impacto que tiene el trabajo con otros cuando se minimizan los efectos imaginarios del saber. Probablemente a eso deba apuntar una escuela.

9 Habría que afirmar que no cualquier texto tiene ese poder —llamémosle— transformador.

Nosotros arrastramos los pies en ríos de sangre seca, almas que se pegaron a la tierra por amor, no queremos otros mundos que el de la libertad y esa palabra no la palabreamos porque sabemos hace mucha muerte que se habla enamorado y no del amor, se habla claro, no de la claridad, se habla libre, no de la libertad. (p. 15)

Este texto me parece ejemplar de algo que podríamos definir como un decir que apunta directamente al acto: no se habla *acerca de* tal cosa —dice Gelman (1984)—, se habla *siendo* esa cosa; es decir que hay algo que se encarna en el verbo.

En rigor —y para no dejar caer tan rápido un punto anterior—, teoría y práctica son inseparables. La teoría surge de la boca del analizante, como decía Allouch (Facultad de Psicología, 2018); es decir que en cierta forma —y, ciertamente, en muchas ocasiones alentado por el hacer del analista—¹⁰ alguien produce una teoría de lo que le sucede y a eso no hay que superponerle ninguna otra teoría psicoanalítica, presuntamente más válida. ¿Sería más adecuado, ante cierto decir, traducir de qué se trata el Edipo, la Santísima Trinidad o la conjunción de Urano con Plutón? ¿Por qué? Y, sobre todo ¿para qué? Esas afirmaciones no dejan de estar englobadas en cierto imaginario —frecuentemente atiborrado de sentido— y, seguramente, si producen efectos (o no) es más que nada por obra y gracia de la transferencia. De modo ejemplar, se puede recorrer paso a paso el detallado seguimiento que Gloria Leff (2016) le hace a Sigmund Freud, para pesquisar cómo este le transmite a su paciente Elfriede Hirschfeld lo teóricamente «correcto», pero eso no produce los efectos buscados porque se saltea ni más ni menos que la posición transferencial de aquella a quien Freud llamó «mi peor tormento».

10 Lacan (1968), en su seminario sobre el acto psicoanalítico, separa el hacer del acto analítico, un punto que me parece sumamente fermental y a seguir trabajando.

Entiendo y reitero que es ineludible la experiencia del análisis, de haber pasado por un análisis donde algo quede tocado. Lacan (1988) dice: «Lo que es exigible es evidentemente haber pasado por esa experiencia. ¿Cómo transmitirla si uno mismo no se ha sometido a ella?» (p. 122). Sin embargo, cualquiera podría interrogar cada uno de estos puntos: ¿qué es la experiencia de un análisis?, ¿qué significaría que algo sea tocado? Entiendo que justamente algo de eso era la expectativa que Lacan tenía a propósito del pase: que pudiera brindar alguna información, algunos testimonios, algunas orientaciones sobre aquello que ocurría en ese momento de pasaje de la posición de analizante a la de analista.¹¹

Es por eso que traté de tener algún testimonio de cómo uno se vuelve psicoanalista: ¿qué hace que después de haber sido analizante uno se vuelva psicoanalista? Tengo, debo decir, indagado al respecto, y es por eso que hice mi Propuesta. (Lacan, 1979, p. 219)

Cuando, dos años después, Lacan (1979) dice que el pase es un completo fracaso, ¿a qué se refiere exactamente?, ¿al dispositivo como tal?, ¿a lo que verdaderamente ocurre en la práctica? o ¿a la imposibilidad de que cualquier dispositivo no termine atrapado en las redes de la institucionalidad? En este último caso, se produciría la ilusión de que alguien podría designar a otro en la función de analista. Y, además, que esa designación nos podría sostener. Ciertamente, visto así, todo se vuelve de una extrema fragilidad. Corrijo: no es que se vuelva por verlo de determinada manera, sino que es de una extrema fragilidad, está agarrado con palillos, como la vida misma.

11 Quizá hasta se pueda conjeturar que de eso no sabía mucho (nada sabemos de su experiencia como analizante de Loewenstein) y que le pudo haber producido una enorme curiosidad.

Hay también otra pregunta que surge: si la formación pasara exclusivamente por la adquisición de teoría, ¿no sería una forma de mantener la primacía del simbólico a la que Lacan rehuía —y con razón— en los años setenta?¹²

Una de las cosas más enojosas que ocurre es constatar que una experiencia no se puede transmitir y que lo único que podemos hacer, si nos embarcamos por la vía de la identificación, es intentar repetir. Pero se sabe que es heraclitianamente imposible bañarse dos veces en la misma agua. ¿Qué nos queda entonces?

Como ahora empiezo a pensar, el psicoanálisis es intransmisible. Es bastante aburrido. Es muy aburrido que cada psicoanalista se vea obligado, como hay que obligarlo, a reinventar el psicoanálisis. Si dije en Lille que el pase me había decepcionado, es precisamente por eso, por el hecho de que cada psicoanalista tiene que reinventar, según lo que ha sabido sacar del hecho de haber sido un tiempo psicoanalizando, que cada analista reinventa la forma en que el psicoanálisis puede durar. (Lacan, 1979, p. 219)

Subrayemos que aquí parece radicar, para Lacan, el fracaso: empezar a caer en la cuenta de que el psicoanálisis no es transmisible. Como corolario de ello, estamos condenados a reinventar el psicoanálisis, a reinventar —para ser un poco más modestos— nuestra práctica, lo que necesariamente quiere decir, también, actualizar: hacerla tan actual y ajustada a la singularidad de cada situación como sea posible.

12 A tal punto que a un texto fundacional como *Función y campo de la palabra y del lenguaje* (Lacan, 1977) lo denominará irónicamente *Ficción y canto del lenguaje*: es Lacan riéndose de Lacan, aunque muchos posiblemente nunca lo advirtieron.

Creo, finalmente, que al chiste¹³ de Allouch («un analista se produce por casualidad») se lo puede leer de una manera directa, que consistiría en pensar que efectivamente es obra de la casualidad —o hasta de una serie de eventos (des)afortunados— que alguien pueda ocupar ese lugar para otro. Pero también me gusta leerlo de una manera aun más radical y evanescente: si el inconsciente es producido por el analista —que a su vez es producido por el analizante— y si eso es fruto de la casualidad, me atrevería a decir que, de tanto en tanto, algo nombrado *analista* —¿por qué no *análisis*?— se produce en algunas privilegiadas ocasiones. Y me refiero a algunas sesiones y los efectos subjetivos que tienen para aquel que se aventura en la riesgosa posición de ponerse a hablarle a otro. Porque también este analista que se produce por casualidad —cada tanto, en algunas sesiones— es el producto efímero, evanescente, de un acto del decir que brilla como un relámpago en el cielo claro del parloteo, cuando el cuerpo es tocado y estalla o, mejor, ¡ya está! Ciertamente no es mucho, hasta es bien poquito. Pero por ahora —como decía un querido amigo— no hemos encontrado algo mejor.

A modo de pequeño aporte, dejaré un testimonio, en dos tiempos, de algo que me ocurrió hace ya unos cuantos años y con lo que pretendo ilustrar de qué se trata para mí que la casualidad produzca un analista.

Transcurre el final de los años ochenta. Concurro semanalmente a ver a una psicoterapeuta, que supongo kleiniana, con los rudimentarios conocimientos que en esos años tengo sobre escuelas, corrientes y demás. (Ahora me viene a la memoria haber visto un libro de Donald Fairbairn sobre una mesita que tenía en su consultorio.) Circunstancias bastante azarosas han hecho que, a principios de un verano, descubriera a Lacan

13 Como todo chiste efectivamente logrado (lo sancionaron como tal las risas del público presente), produjo una verdad.

y, de golpe, me viera envuelto en una hoguera que me quema por todos los rincones. Con los escasos recursos que cuento, me voy comprando lo que encuentro de Lacan y leo desesperadamente y a toda hora para tratar de pescar algo de lo que dice. Empiezo a hablarle a la terapeuta de mi deslumbramiento con Lacan —mi enamoramiento, diría— y, sin que yo alcance a percibirlo, empiezo a molestarla con mi cantinela. Un día, harta de mis elucubraciones sobre lo que encuentro en esos textos, me dice en forma despectiva y de mala manera: «Al fin y al cabo, lo único que Lacan dijo es que el inconsciente está estructurado como un lenguaje». A mí, ese maldito *como* me hace un problema terrible para descifrar lo que esa frase contiene. Su intervención me enoja de tal manera que no me deja transmitir con elegancia. Es definitorio. Aún recuerdo la frase que se cruzó por mi cabeza: «¿Qué mierda estoy haciendo acá?», lo que también se puede escuchar como: «¿Qué mierda estoy *siendo* acá?». Si lo ponemos en términos más o menos lacanianos, me tocaba jugar de objeto por la manera en que circulaba allí el saber. Y fue determinante, porque esa intervención significó que abandonara esa terapia sin decir la razón o, mejor aun, diciendo que era un problema mío, que allí no podía decir más. Y es que, efectivamente, no era un lugar para mi decir.

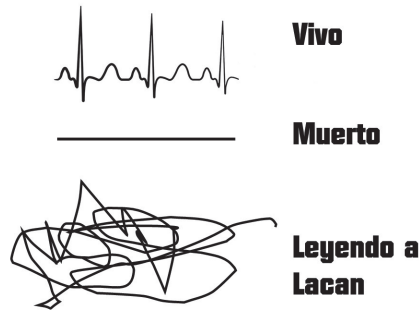
Estoy desde hace algunos años en análisis con alguien que es miembro de la École, como se la suele conocer en Montevideo. En mis asociaciones irrumpe el recuerdo de aquella terapeuta. Empiezo a relatar cómo terminó ese asunto y por qué. Me sorprende el enojo que me va brotando, el enojo que tenía guardado, y, entonces, en el clímax de mi bronca, escupo las palabras sobre Lacan que le escuché a aquella terapeuta. Escucho mi propia respiración agitada. Sobre eso, la voz de mi analista: «¡Qué capacidad de síntesis!». Esa intervención, cargada de exquisita ironía, me produce un alivio que no alcanzaré a transmitir. Fin del asunto. Me levanto y me voy. Cuando atravieso la puerta y camino hacia

la parada del ómnibus, no puedo dejar de reír y de felicitar me por haber dejado aquello, por haber dicho esto y por estar donde estoy.

Para finalizar, quisiera recordar un prejuicio que he escuchado muchas veces, bajo distintas tonalidades —chiste, angustia, enojo, desprecio, envidia...—: «La producción de Lacan es algo hermético e inaccesible para aquellos que no tienen una preparación especial o un intelecto por encima de la media». No creo en absoluto que sea así. A la vez, hay que descartar que sea algo que se pueda abordar sin una disciplina de lectura, sin un trabajo meticuloso sobre los textos que, al igual que la técnica para manejar un instrumento, tiene sus impulsos y sus frenos. Lleva su tiempo adquirir algunas de las claves que permiten ir entrando en el territorio y acomodándose al paisaje. Y hay que hacerlo, sobre todo, con un rigor crítico y en un debate que nos permita escaparnos del peligro del que nos advierte Georges Didi-Huberman (TV-UNAM, 2018): convertir al pase, a la casualidad, al significante, a la imagen, a lo que fuere, en palabras mágicas que nos traerían todas las soluciones a nuestras interrogantes y a nuestras dificultades con la práctica. Eso sería una auténtica catástrofe, como bien dice el filósofo francés.

Del mismo modo que el pequeño testimonio personal que he compartido, diré que la cuestión de la comicidad o, más precisamente, del pasaje posible de la tragedia a lo cómico —algo de lo que los antiguos griegos sabían bastante—, es un asunto que me tiene interesado desde hace muchos años y que —incluso diría— me ha marcado fuertemente. Por eso, quisiera concluir este escrito —y que se lea también como una reivindicación de la potencia de las imágenes— con un chiste gráfico que me encontré hace unos días.¹⁴ Espero que, lejos de amedrentar, sea un gracioso convite a la lectura y al ejercicio con lo escrito y, también, a perderle el miedo a la atonalidad y a las disonancias.

14 Agradezco a Dominique-Anne Offner haberme hecho conocer este sabroso chiste.



Défibrillation (Psykolôgeek, 2022).

§

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLOUCH, J. (2020). *La escena lacaniana y su círculo mágico: Unos locos se sublevan*. El Cuenco de Plata.
- ATTAL, J. (2012). *El pase, ¿a título de qué? Me Cayó el Veinte*.
- FACULTAD DE PSICOLOGÍA, UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA. (2018). *Charla con Jean Allouch* [video]. YouTube. <https://youtu.be/7-WIJ4gPYs>
- GELMAN, J. (1984). *Exilio*. Legasa.
- LACAN, J. (1968). *El acto psicoanalítico* [seminario inédito].
- LACAN, J. (1977). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos I* (pp. 59-139). Siglo XXI.
- LACAN, J. (1979). Congrès de l'École Freudienne de Paris sur la transmisión. *Lettres de l'École*, 25(7), 219-220. <https://ecole-lacanie.net/es/bibliolacan/lettres-de-lefp-3/>
- LACAN, J. (1988). Conferencia en Ginebra sobre el síntoma. En *Intervenciones y textos 2* (pp. 115-144). Manantial.
- LEFF, G. (2016). *Freud atormentado: Errancias con Elfriede Hirschfeld*. Epeele.
- TV-UNAM. (2018). *Georges Didi-Huberman en entrevista con Gerardo de la Fuente* [video]. YouTube. <https://youtu.be/m4hLqgrxXdg>